

## REFLEXIONES SOBRE EL RELATO DE LA CREACIÓN DESDE LA BIOLOGÍA

— Analía A. Lanteri\*

El relato del Génesis sobre la creación del mundo nos enseña que el universo y los seres que lo habitan, incluido el hombre, fueron creados por Dios durante seis días, y que el séptimo día Dios descansó.

Todo lo creado estuvo seguramente en el pensamiento amoroso de Dios, y todavía lo está, pues la creación es una sinfonía inconclusa. Constantemente surgen nuevas especies, nuevas variantes genéticas en las poblaciones, nuevas cepas de bacterias y virus que a veces afectan nuestra salud. Todo está en movimiento, evolucionando, desafiando a los biólogos, pero también a los humanistas. Pues nuestras culturas evolucionan, nuestros pueblos y nuestras sociedades evolucionan. Nuestro espíritu y nuestras relaciones con el resto de los humanos y con el resto de la creación evolucionan.

El soplo del Creador, hálito de vida, es quizás la imagen de Alguien que quiso proyectarse en el otro, en los otros. Que quiere vivir en sus hijos y tutearse con seres en los cuales pueda mirarse, en hombres que, aunque finitos y limitados, son también capaces de amar.

El relato bíblico no es un tratado científico acerca de cómo se formó el universo y cómo se originaron los seres vivos, sino una suerte de metáfora, una pieza de la literatura clásica, que como todos los clásicos están escritos para todos los hombres y para todos los tiempos. Cada generación debería reinterpretar el mensaje de la creación a la luz de la exégesis bíblica y de los conocimientos científicos más actualizados de cada tiempo. Lo desafiante es encontrar en él nuevas reflexiones para nuestro crecimiento espiritual.

---

\* Dra. en Biología. Investigadora del CONICET y docente en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata. Además de su numerosa producción científica, particularmente en el área de la Entomología, ha publicado un artículo conjuntamente con M. S. Loíacono en el área de la relación ciencia y teología: "Evolución de las sociedades de insectos", en L. Florio (ed.) *Evolución y Cristianismo. Un diálogo posible*, Dunken, Buenos Aires, 2007, 11-25. Actualmente, es presidente de la Sociedad Entomológica Argentina.

El relato bíblico sigue una secuencia evolutiva y eso es muy interesante, pues nos transmite la sensación de un proceso creador gradual, en etapas, en períodos de tiempo que el autor del Génesis llama días, pero que a la luz de los conocimientos científicos serían millones de años. Primero el sol y las estrellas, porque hace unos 13000 millones de años se produjo el *Big-bang* a partir del cual se originó el universo, con sus galaxias y sus planetas girando en torno a esas luminarias sin las cuales no habría ninguna posibilidad de vida.

La tierra se separó del agua. Claro está que nuestro planeta hace unos 4600 millones de años fue una bola incandescente, sin agua, sin atmósfera de oxígeno, sin posibilidades de vida. Fue en los mares donde surgieron las primeras células, las primeras algas capaces de hacer fotosíntesis y de liberar oxígeno a la atmósfera, posibilitando el surgimiento de formas de vida cada vez más complejas.

Y surgieron los peces en los mares dice el Génesis, y resulta curioso que al autor del primer libro de la Biblia no se le ocurrió decir que primero aparecieron las aves o los animales terrestres. Pero el autor no se equivocó, los peces aparecieron primero, y luego de muchos millones de años conquistaron la tierra, a través de formas anfibias que vivían en ambos ambientes, y cuyos descendientes están aun entre nosotros.

La conquista plena de la tierra llevó muchos millones de años más. Se

necesitaba un cuerpo con tegumento más grueso (con escamas y placas) para evitar la desecación, huevos de cáscaras resistentes donde los embriones se desarrollaran con la protección necesaria, un sistema locomotor diferente, y otros mecanismos de defensa contra los depredadores. Y los reptiles dominaron la tierra durante la era Mesozoica, y también el agua y el cielo, surcados entonces por ictiosaurios y pterosaurios. Pero el éxito no les aseguró perpetuidad y finalmente se extinguieron. Tal vez por una catástrofe, o por un proceso degenerativo o por ambas causas. Lo cierto es que la historia de la vida es también una historia de muerte. De grandes extinciones en masa, como la de fines del Mesozoico, en las que desaparecieron más del 90% de las formas de vida que en ese momento dominaban el planeta. Sin embargo, gracias a esa experiencia de muerte, surgieron nuevas formas de vida, entre ellas los mamíferos, el grupo zoológico al que pertenecemos.

Esos pequeños mamíferos que sobrevivieron al terrible “invierno nuclear” posterior al choque de los grandes meteoritos sobre la superficie terrestre, son nuestros antecesores. Sin la extinción de los grandes reptiles la evolución y la gran diversificación de los mamíferos y de las aves no habría tenido lugar, simplemente porque se los habrían comido. Ser grande, ser poderoso, ser fuerte, no es garantía de supervivencia. Los sobrevivientes de las grandes catástrofes fueron los pequeños, los que supieron estar en el lugar justo y en el momento justo. Y los que posteriormente pudieron evolucionar.

Los nuevos pobladores de la tierra tenían un comportamiento mucho más “sofisticado” que sus predecesores. Cooperaban para obtener su alimento, danzaban y se prodigaban gestos amistosos durante las etapas reproductivas, incubaban pacientemente sus huevos, defendían y enseñaban a sus crías a moverse por el mundo, a jugar y de este modo entrenarse para la lucha por la supervivencia, a descubrir y a conquistar nuevos ambientes.

Si representáramos la historia del planeta en un año de 12 meses, la aparición del hombre habría ocurrido durante los últimos segundos del último día. Somos los habitantes más recientes del planeta, como lo dice el Génesis. Unos recién llegados a veces demasiado engreídos e irrespetuosos, pues quien llega último debería respetar a los que estaban allí primero: Porque eso de conquistar la tierra no significa destruirla o sobreexplotarla.

Dios le pidió a Adán que diera un nombre a cada ser vivo. Llamar por el nombre es signo de intimidad y de conocimiento profundo. Se llama por el nombre a quien se conoce y se quiere. Dios nos ha pedido que conozcamos y entablemos relaciones de amistad con el resto de los seres vivos a quienes estamos indisolublemente unidos por una historia común.

La materia de la vida es única, desde una bacteria hasta el hombre: ADN y proteínas. Compartimos un mismo sistema, el código genético, para transmitir la información sobre cómo “construir” las distintas partes de un individuo y de una especie, de

generación en generación, desde el inicio de la vida hace más de 2000 millones de años. Somos parte de un mismo cuerpo, por eso cualquier daño que le hagamos a un hijo de la tierra nos lo estamos haciendo a nosotros mismos.

Una amapola no es más importante que un pino, ni una libélula o una mariposa más o menos bella que una gacela. Cada tipo de ser vivo es una pieza única de valor incalculable. El resultado de millones de años de evolución, de procesos complejos, intrínsecos y extrínsecos, de caminos evolutivos que desvelan el intelecto de biólogos y paleontólogos, y que angustian a los que han tomado conciencia de los riesgos que entraña la crisis de la biodiversidad.

Por eso es preciso volver al relato de la creación, a ese paraíso terrenal que tal vez haya sido el lugar en que no había contaminación y en que las especies vivían libremente, sin amenazas de sobreexplotación. Nuestros hijos necesitan de los otros seres vivos para alimentarse, para vestirse y satisfacer otras necesidades básicas, pero también es justo que las futuras generaciones puedan gozar de las piruetas de un delfín, del canto de los ruiseñores o de la ternura de nuestras gacelas.

Somos los únicos seres de la tierra que hemos adquirido lenguaje articulado y capacidad de introspección, de pensarnos a nosotros mismo, de mirar hacia el interior

de los otros y de buscar a Dios. Somos distintas perspectivas. No dejemos de los únicos capaces de reflexionar sobre la hacerlo. creación, desde distintos ángulos y con